

zo, y le atormentó la cabeza por muchos dias con extraordinarios dolores. Acordóse la Madre, que la Virgen de Occotlán se la avia dado; pues desde que se sintió preñada, se la ofreció; y por esso noblemente persuadida à que favores, que haze una Reyna no son para poco tiempo, ni menos son maravilla, que de la mañana à la noche se deshojan; recobró en el mismo fallo de los Medicos, mayores esperanzas; derramó los azeytes, y otras unturas, que previno su diligencia, con no pocos gastos para la curacion de su hija, y sin mas que lavatorios de la Agua Santa, que repitió, siempre invocando à nuestra Señora de Occotlán, se cerró la llaga, y quedó la Niña buena, sin dolor, y sin mas que la cicatriz de la herida, que fuesse indicante del milagro de la Señora.

D. Manuel Moreno, vezino del Pueblo de Tecamaehalco, padeció una sed insaciable, causada naturalmente de un continuado fluxo en la orina, que lo iba sin sentir consumiendo. Ni para uno, ni para otro enemigo, halló la medicina contrario; pero lo halló el doliente, tan eficaz, como facil. Embió à Occotlán por un frasco de la Agua Santa, avivando mientras venia, su mucha fee en el poderio, y favor de la Señora. Llegó por ultimo su remedio, bebióse el frasco entero, y no solo cessó el fluxo, sino que al agua natural, le llegó à cobrar tal horror, que se le pasaron muchos dias sin quererla beber, resultando de este aborrecimiento, y de la cessation del fluxo, el logro de una sanidad muy cumplida.

En el mes de Henero de 46. una pobre India, por nombre Catharina, natural del Pueblo de Santa Anna Chiauc-tempan, llegó à los ultimos de la vida. En uno de aquellos parentesis, que entre el vivir, y el morir abre de quando en quando la lengua, y el corazon para medio explicar lo que apetece, manifestó el desseo, que tenia, de que le diessen de la Agua Santa. Fue por ella à Occotlán, un Indio llamado Simon Pedro; y con solo beberla, todo aquel ardor, con que le dió la muerte el assalto à la Enferma, se ahogó en las primeras gotas, y en las segundas la calentura, quedando

dando totalmente expedita para ir dentro de poco tiempo al Santuario à ofrecer à la gran Señora la vida, que le dió.

En el mismo año, y dos meses despues, el mismo Indio Simon Pedro, que llevó el Agua Santa à Catharina, adoleció de un dolor de cabeza tan agudo, que creía le arrancaban el casco por instantes. Duróle esta tormenta, lo que tardó la memoria en acordarle el favor, que por su conducta, y por medio de la Agua Santa le hizo à Catharina nuestra Señora de Occotlán. Bebió de la agua, y parece, que se le subió à la cabeza à transportarse en un copiosissimo sudor, que le dexó perfectamente sano.

Por Henero del año de 47. à Gregorio Antonio Angulo, le corrió tan adversa la fortuna, que sobre unos Frios, y Calenturas tolerados por muchos dias, se le dexó caer con harta pesadumbre, y nuevo peligro el grave peso de unas flemas coaguladas, que le cerraron por una semana entera las dos vias. Entre las ansias fatalissimas, que trae consigo este achaque, preponderaron en Gregorio las que tuvo de beber el Agua Santa. Diósele gusto, y al momento el agua le dió la vida, y la salud tan completa, que ni assomos ha experimentado despues de ninguno de los dos accidentes.

De otros muchos prodigios, y tanidades felicissimamente conseguidas, con solo beber de esta Agua Santa, pudiera dar testimonio autentico; pero ya con los dichos sobra para conocer su noble calidad, y el peso, que tiene, ó lo que vale, para ahuyentar, y confundir à la muerte con todos sus Aliados, y Precursores.

CAPITULO XVI.

SINGULARES PORTENTOS CON SOLO LA invocacion de nuestra Reyna, y Señora de Occotlán, y algunas promessas, que le hacen.

DExo correr mi pluma por las deleitables quadras de este Capitulo, con mas consuelo que en otras, por las muchas puertas, que en ellas abro à los que dessean ser felici-

felices à poca costa. Venir en Romería hasta el Santuario, no lo pueden, ni lo consiguen todos. Beberse la vida, y la salud en cada trago de la Agua Santa, quizá à muchos por distantes del lugar de la fuente, no les será possible. Haber à las manos Imagen, ó Estampas de la Señora, puede ser, que se dificulte; pero quien racionalmente se excusará de abrir la boca, quando quisiere para invocar à la Virgen de Occotlán? Pues esso basta, no se pide otra diligencia, para hallarla propicia.

§. I.

ANtes que entren los Patrios, y Naturales del Paíz à honrar este paragrafo, es muy debido, que hagan punta los de otros Reynos, Provincias, y Ciudades, en quienes no ay sospechas de que se deslicen de apasionados en el informe, y testimonio, que dieron. Levante, pues, vanderá D. Francisco Lobatón, natural de San Lucas de Barrameda. Sulcaba este Caballero los mares, y derrota del Perú para España, se halló presto intempestivamente del horror, y del susto, y asfaltado de una deshecha tempestad, que al primer movimiento dió con él, y con sus Connavegantes, sobre los escollos del ultimo precipicio. Redobló la congoxa el ser la tormenta, entrada la noche, que fue dos veces triste; assi por los ordinarios lutos, que tiende sobre los Cielos, para sentir el ocaso, ó muerte del Sol, como porque se apagaron aun aquellas escasas luces, con que suelen engañar las Estrellas los sobrefaltos, que ocasionan las tyránias implacables de una borrasca. El mar furioso en cada ola, vomitaba una muerte; el norte destemplado à cada soplo despedía un naufragio. Llegó à tal termino la desdicha, que ninguno pensaba mas que en morir, asidos todos de aquel unico cable, que la desesperacion suele texer para estos casos, y que unicamente sirve para abreviar à los Naufragantes los ahogos. En fin cada fluxo, y refluxo de los mares, cada buelta, y azote de los vientos, creían Lobatón, y los suyos, que era el ultimo preemtorio desastre de sus vidas.

Assi agonizaban, con el agua à la boca, y sin alientos estos infelices, quando he aquí, que en medio del estruendo

rapidoso del ayre, y de las olas, se percibió distintamente una apacible voz, que decia: *Virgen de Occotlán*. Quien soltó la voz soltó tambien una flecha, que hiriendo los corazones, los violentó dulcemente à repetir lo mismo: *Virgen de Occotlán amparadnos*. D. Francisco Lobatón, añadiendo *Señora te hago voto, si me sacas de este peligro, de andar por todo el Mundo buscandote, hasta dar con quien eres*. Ni D. Francisco, ni otro alguno de los que ocupaban la Nave, avian oído hasta entonces, que alguna Imagen de la Virgen tuviese la advocacion de *Occotlán*; ni sabian, ni se pudo saber despues quien rompió, y en tales circunstancias, nombre tan peregrino! Sería algun Serafin por endulzar los labios, ó sería la misma Virgen, que solo en su boca pudo caber tan grande nombre. En fin al percibirse la voz (que dió el punto à todos, para que clamassen con viva fee à la Señora) calmó el viento, convirtió el mar sus amarguras en leche, y llegado el dia, profiguieron felizmente su derrota, hasta Cadiz. Despues de referido con devotas las grimas el suceso, por Lobatón, à pocas preguntas tuvo noticia, de que la Ciudad de Tlaxcala, primera Estrella del Cielo Americano, era felice poseedora de dicha Sagrada Imagen: No tuvo este agradecido Caballero descanso, ni quietud hasta que emprendió nuevo viage, para estas Indias, y se puso personalmente en el Santuario de Occotlán, en cumplimiento de su promessa. Regaló algunos dias sus tiernos ojos con la vision amable de aquella yeldad hermosa. Desahogó sus afectos con comperentes dadas: y dexando en mucha cera derretida, y ardiendo toda el alma, se restituyó gustoso à sus Paizes.

D. Gaspar Navarro, vezino de la Villa de Carrion padeció muchos tiempos de la cabeza, que costipada, hubo de cerrar tenazmente las puertas à su alivio, no dexando rendrija, ni poro por donde pudiesen los confortantes fortalecer los nervios del cerebro; que se enflaquecian ya demasiadamente; ni templar los muchos dolores, que ocupaban toda la region superior, en que el alma exercita sus mas nobles operaciones. El prognostico, ó crisis de este accidente,

era por todos lados fatal, necessitando à este Caballero, en lo executivo, à perder el juicio, ó la vida: y aun la misma naturaleza, ya con asomos de uno, ú otro, unas vezes declinaba con necios delirios, otras accedaba en mortales agonías. La compassion de los suyos dió repetidas aldabadas al Cielo, implorando el favor divino: pero el Cielo de bronce! Invoca en esta misma coyuntura el doliente à la Santissima Virgen de Occotlán, y derritese el Cielo à su favor; abre la naturaleza los poros, hallan las medicinas facil entrada, confortanse los nervios, y sienes, salese por fin el dolor, y queda D. Gaspar bueno, y sano; y tan sano, que dentro de pocos dias vino á dar à la Señora las gracias correspondientes à tanto beneficio.

Un Sujeto, cuyo nombre no se me dice, aunque me dan por señas, que obrenia el oficio honroso de Alferéz del Capitan D. Sebastian Gutierrez, entre las muchas ocasiones, que navegó, en la Laguna de Terminos, fió su vida, y su hacienda à un pequeño Vagel, y todas sus esperanzas à las trayciones de un elemento mudable, sobre hipocrita, que por defuera miente dulzuras, y por debajo esconde mil hielles: la frente parece que es de vidrio; pero los dentro de roca. En fin navegaba el Alferéz consolado, y sin sustos, con viento favorable: los Pilotos peritos; el Cielo sin nubes apacible; la agua de la Laguna, aunque tiene sus presumpciones de mar, en tal sosiego, que si alguna vez encrespò su espuma, mas que por desmayar con sus movimientos, fue por divertir con sus rizos. En este feliz estado la navegacion encayò el Vagel en la arena; y como el viento, aunque suave, continuamente soplabà à cada pequeño remeson, remedia mas al Vagel. Hallòse pressoporultimo, y sin poderse mover el vaso: y como no podia salir de aquella prission, y al mismo tiempo el ayre le daba tantos azotes, como quien se desespera de colera, ya se iba à hacer mil pedazos. Alzó los ojos el Alferéz al Cielo, hace presente en su fantasia al Santuario de Occotlán, clamale à la Virgen con todo su corazon, ofreciendole porcion de azeyte, para su lampara, y contra todo el fatal designio de su mala fortuna, fué el Navi-
chue-

chuelo por sí, hasta coger la corriente, retirandose del peligro. Cumplió el Alferéz su palabra, embiandole à la Señora despues desde Cartagena lo prometido.

§. II.

Francisco Rosales de Velasco, vezino de Mexico, año de 47. padecia en el higado una inflamacion tan irregular, que dilatando su encono por los miembros del cuerpo, y coyunturas, lo hacian temblar, con una summa inquietud. Y como no ay mal que venga solo, el del higado llamó tras sí otros mas vehementes: unos con dolores agudissimos se apoderaron de la region del vaso, y vientre, hasta cogerle al miserable enfermo las fauces; otros abrieron por la parte inferior camino à la sangre de algunas venas, ó lastimadas, ó rotas, que al llegar à las vias, para salir, le provocaban à pujo, tan recio, que en cada uno llenaba una vasija. En este estado, quiso su fortuna, mejor dirè, la providencia de Dios, que se le viniese à la memoria nuestra Señora de Occotlán, y con ella todo su bien. Invocòla con todo aquel conato, y confianza, que pudo, y hallò la vida, y la salud tan prompta, que al mismo punto se desvanecieron como sal en el agua, tantos complicados dolores, y accidentes.

Los ojos de la cara, no menos, le importò à Doña Francisca de Inostroza, niña de pocos años, y natural de la Puebla de los Angeles, el aver invocado à tiempo à nuestra Señora de Occotlán. Estaba mirando esta Señorita los fuegos en la ultima noche de las solemnissimas fiestas, con que la Ciudad de Tlaxcala celebrò la Jura, y Coronacion de nuestro Catholico Rey D. Fernando Sexto. Al prender uno de los muchos artificiosos Arboles, ò Castillos de polvora, se demandó uno de sus cohètes, con todo aquel impulso, que el fuego, y el alquitràn le ministraban, y midiendo el tiro al lagrimal del ojo derecho, alli reventó la bomba. No estuvo mas prompto el estallido, y golpe para el estrago, que el corazon, y lengua de Doña Francisca para invocar afectuosamente à la Señora de Occotlán. Acudieron los suyos temiendo hallarle la pupila del ojo reventada: pero se hallò

tan clara, como antes la tenía, y sin otro rastro de aquel violento, y repentino insulto, que una señal pequeña, indice de esta gran maravilla.

D. Ildephonso Antonio de Arochi, en carta que remitió al Santuario su fecha á 19. de Agosto de 48. dice así: Ya en cercanías de esta Corte, y en una Hazienda, que llaman de Zifneros, me ví tan já la muerte del Sarampion, que llegué con ella á las dagas, y rendido al poder de su brazo todo el aliento de mi vida, agonizé muchas horas; pero lo mismo fue acordarme, è invocar con el corazón á mi Señora de Occotlán, prometiendole quatro marcos de plata (cuyo monto remito en esta ocasion) que recobrame hasta conseguir entera salud. Este Caballero tuvo mil razones para tener muy en la memoria á la Virgen, en este su hermoso Simulacro; pues ya otra vez le avia merecido, el que le quitasse un dolor vehemente en el tobillo derecho.

§. III.

Entren ahora los propios, y vezinos de la Ciudad, y Provincia de Tlaxcala, cada uno con el corazón en las manos, á darle gracias á su Madre, y Señora de Occotlán, que lo merece, por el mucho amor, con que los mira: que así se lo mostró el Cielo á una persona de reelevantes virtudes, en la Puebla. Percibió este Espiritu iluminado, en una vision imaginaria, que la Señora de Occotlán, ponía amorosamente los ojos en varias Ciudades de este Reyno; pero entre ellas no descubria á Tlaxcala: entró en cuidado, y con humilde encogimiento, le preguntó: *Que por qué una Ciudad tan benemerita, y suya no entraba en la parte de favorecida como las demás? Como lo has de veer* (respondió la benignísima Madre) *si la tengo debajo de mi Mantel.* Yo no necesito de revelaciones, para creer esto; pues me sobran en muchos singulares sucessos las evidencias: y si no vaya corriendo la atencion, y la pluma sobre los exquisitos milagros, que experimentan los Tlaxcaltecos, quando la invocan.

Tenia un pobre Mozo muchos enemigos ocultos, que dessea-

desseaban acabar con su sangre, y con su vida; buscaronlo en ocasiones distintas, para darle la muerte, no lo consiguieron; porque su fortuna cerraba de ordinario las puertas: con todo un día, que en los Aceffinos amaneció la colera mas desenfrenada, y mas ardiente el encono, sin reparar en su propio riesgo, dieron sobre él, y á carga cerrada deserrajó cada qual su trabuco bien abastecido de municiones: de uno de ellos nos consta, que tenia un puño entero de balas en el cañon: Al traquido, y al golpe, no tuvo mas escudo de prompto, en su defensa, que invocar á la Santísima Virgen de Occotlán. Dieronse á la fuga los Agresores, pensando, que quedaba el hombre ya muerto; pero pensaron mal, por que aunque estaba caído con la violencia del susto, se levantó sin herida; y con todas las balas, y tacos en las mangas de su casaqueta, ó gaban. Esta maravilla obró la gran Reyna, por solo averla invocado este Mozo, y es de advertir, que jamás avia puesto en el Santuario sus pies.

Subia Francisco Perez por la calzada una tarde, á rezar el Rosario á la Señora, y quando mas divertido, le salió al passo, escupiendo corages, un furiosísimo Toro; no aguardó á que le hiciessen cara, para embestir, sino que desde luego se le partió como un rayo; pero invocando Francisco por su nombre á la Señora, percibió juntamente, que otro rayo de luz (quizá vino de los bellísimos ojos de la Imagen) le dió en los suyos al Anímal, con que espantado, echó por otro lado á correr. Necesariamente fue así, porque como es posible haga tiro aún la fuerza de un Bruto, quando mete el hombro, ó la mano la Diosa de la hermosura!

Mas cercano á la muerte, se vio Thomas Leitón, pues en las hastas mitmas de otro Toro distinto, y por mas acorazado, mas corajudo, y sangriento, aguardaba acabar irremediabilmente la vida. Faltóle á su afligido corazón el aliento, pero no la confianza: le cerraron las llaves de aquel Bruto, todas las puertas á su consuelo; pero no los dos labios á su boca, para invocar, como invocó á la Santísima Virgen de Occotlán, y al punto baxó la cerviz á la tierra, y dexandolo caer suavemente en el suelo, se halló Thomas tan libre del

del susto, y de la muerte, como amante, y agradecido à su Señora.

Por el mismo parage, iba Juan Nicolas, gobernando las quatro mulas de un coche. La de silla, ò impaciente con el dolor del latigo, ò mal hallada con el afán trabajoso de ir subiendo la cuesta, se enfurecio de modo, que dió con él en el suelo, dexandolo en tal positura, que una rueda de medio à medio lo atravesó; pero quiso su dicha, que al mismo caer de la mula abaxo, se le salió esta palabra: *Virgen de Occotlán*; y diciendo, y haciendo se levantó sin quebranto alguno.

Uno de los tres Capellanes, que han servido à la Señora, assistia en la corona de un horno, donde se quemaba el ladrillo: levantóse inopinadamente una llamarada de fuego, y el Capellan por huir se dexó caer, invocando à su Señora, y al llegar al suelo (donde dió de cabeza) se halló abrazado con un morillo, sin mas accidente, que el que sale à la cara con el susto, y con la mejora de aver hallado nuevo motivo, para alzar las manos al Cielo de MARIA.

Un Mozo por nombre Ignacio, y otro (en otra ocasion) que se llamaba Juan Modesto Faustino, corrian; el primero en una mula cerrera, y el segundo en un caballo harto brioso; pero à los dos les ganó la delantera su conocida desgracia; porque al uno lo arrojó violentamente de la silla à la tierra, y al otro lo llevó arrastrando por mucho trecho, sin poderse desprender de la foga, que por casualidad se le avia enredado en la mano: al verlos caidos la muerte, ya se los iba à comer; pero al oír el venerable titulo de Occotlán, que invocaron los dos, se quedó absorta, y con la boca abierta, sin poderlos tragar.

El mismo desaire experimentò en la Poblacion de Huamantla, seis leguas distante del Santuario, por averse querido meter por la punta de una espada, que desembaynò un barbaro, para matar à una muger infeliz, indefensa, y sin mas armas, que sus ojos, nada acostumbrados à resistir con iras, y solo hechos à pelear con lagrimas. Atravesóla en fin por el estomago, con tan violenta furia, que si el pu-

ño de la espada, no lo detiene, quizá tambien le atraviesa con la mano, con tan inopinado suceso, comprimida, apretò de tal suerte al corazon, que fue à dar à la lengua, invocando à la Santissima Virgen de Occotlán: tan prompta estuvo esta Amabilissima Madre à su remedio, que sacandole la espada despues, ella misma invisiblemente le curó las heridas, dexandola del todo buena, y sana.

§. IV.

Nuestra Reyna, y Señora de Occotlán, que con sola la tierra de un panesito, de los que se dan para los enfermos en el Santuario, quitó de la lengua una inflamacion penosa à Doña Maria Teresa Gonzalez, libertò de la muerte à su Marido D. Diego Calderon, el dia 8. de Junio, año de 24. Iba este Caballero, camino de Santa Anna Chiauçtempan à Tlaxcala, passando por Occotlán: y juntamente rezandole unas Salves à la Señora. Desprendióse de la cabeza de la silla el cabresto, y el bruto en que cavalgaba sobre muy brioso, espantadizo echó à correr corcobeando, sin que bastasse à contenerlo lo duro del freno, y tirante de la rienda, hasta que al fin se precipitó en una barranca, que tenia mas de quatro estados de fondo: al caer clamó D. Diego: *Santa MARIA de Occotlán, favoreceme*. Favoreciólo la Señora tan à tiempo, y tan visiblemente, que se halló sin lesion alguna, aviendola padecido el caballo, la escopeta, la silla, y aun la capa.

En el Pueblo de Huamantla se experimentaron por intercession de la Amabilissima Reyna dos sanidades milagrosas, una el año de 1712. otra el de 34. Dieronle à Mariano Baptista una puñalada tan cerca del corazon, que creyeron averfelo partido, y tan penetrante, que por ambos lados se le veía la luz de una candela. A Antonia Francisca de Huerta, se le iba entrando la muerte, por los vacios, que le dexaba (en la Epidemia del Matlazahuatl) la mucha sangre, que llegó à escupir por boca, y narizes. Ambos llegaron à los ultimos; pero con solo prometerle Doña Rosalia de Huerta, Tia del primero, una Misa à nuestra Señora de

Occotlán, y una Sobrina de la segunda, irle á velar á su Santuario, salieron del peligro uno, y otro; y quedó en los dos triunfante el poder de la gran Señora.

Por Julio del año de 47. en la Hazienda llamada San Juan del Río, Jurisdiccion del Curato de San Martín, quedó una pobre muger tullida de un recio parto, que tuvo, y aunque nunca avia puesto sus pies en Occotlán, instada de su afliccion, alzó el grito invocando con viva fee á la Señora, y prometiendole si le daba pies, visitarla en su Santuario. Bastó la promesa, para que la Amabilissima Madre se condoliese de sus desdichas, desatandole las ligaduras de los nervios; con este beneficio, y el impedimento quitado, puso en planta su Romería; y para que llegase á presencia de la Santissima Virgen con otras ataduras mas fuertes ot ligada, dispuso su grande Misericordia, que en el camino á un hijoelo suyo, se le rebentasse una apostema peligrosa, que lo tenia muy aquejado; y así uno, y otro perfectamente libres llegaron al puerto de la salud en la Casa de la clemencia.

A Gabriel Angel, año de 47. lo tuvo en un potro decoyurado por muchos dias el cruelissimo tormento de un dolor muy agudo entre el pecho, y la espalda, que lo tenia incessantemente en un Ay. Invocó con todas veras á nuestra Señora de Occotlán, prometiendole ir, aunque fuese arrastrandole á visitarla á su Casa. No fue menester, que se arrastrasse para ir; pues al instante sanó, y llegó por su pie al Santuario, con los ojos llenos de lagrimas, y anegado el corazon en dulzuras.

Anna Maria del Aguila con cinco dias de colica, llegó casi á poner los ojos en el sepulcro, y el alma en manos del Criador. El Medico, que le assistia, sin esperanzas aun de aliviarle el dolor, acerto por fortuna de la doliente á subir al Santuario, y haciendole relacion del achaque á una Señora, que ha muchos años que assiste, y sirve á nuestra Señora de Occotlán en su misma Casa, le sugirió una melecina, exhortando al Medico, á que en el nombre de la Virgen, se pudiesse por obra. Recibióla la enferma invocando á la Amabilissima Madre: con efecto tan maravilloso, y feliz,

liz, que el mismo dia, y á un mismo tiempo se despidieron el Medico, y el dolor.

Por el mes de Noviembre año de 46. vino á Tlaxcala de la costa del Súr, el Lic. D. Joseph Benites. Recibiólo su Patria con una fiebre aguda, y escalofrios, que degenerando (en concepto de los Medicos) de tercianas dobles, ya se passaba, segun las pintas, á tabardillo: pero se propassó la calentura hasta setenta, y cinco dias mas adelante, con que no se pudo hacer crisis del accidente, ni aún por los varios efectos, que se veian; tan especiales, como entorpecerse la lengua, de modo, que no podia articular palabra; las manos sin otro movimiento, que el preciso para pedir, ó responder por señas. En este estado exhortó su Madre al enfermo, á que le prometiesse á nuestra Señora de Occotlán una lengua de plata, y nueve Misas, que él mismo le avia de decir (si le daba salud) en su Santuario. Assintió con los ojos á la proposicion. Dispúsose la lengua, llevósele á la Santissima Virgen, y á las veinte, y quatro horas comenzó á hablar, y á moverse, sin embarazo, se fue la calentura, y dentro de pocos dias subió (aunque en brazos ajenos) á cumplir al Santuario de Occotlán su promesa, pero bajó por su pie, tan agradecido como pedia salud, y circunstancias tan milagrosas.

Por Marzo de 47. venia del Pueblo de San Augustin Tlaxco, para la Hazienda de los Jardines el Lic. D. Ildefonso Fuentes, cayó el Caballo en que iba, con tal desgracia, que no pudo evadir ni el golpe, ni el peso de la bestia, que le cayó toda sobre una pierna, y parte del muslo. El susto, el riesgo, y el temor de la muerte, le hicieron abrir la boca, y el corazon para invocar con el ahinco possible á nuestra Señora de Occotlán; y quando creyó no levantarse, sin el hueso de la pierna despedazado, prosiguió su camino, tan sin lesion, y ruina, como antes.

Joseph Mariano, hijo de D. Bartholomé Escobedo, y de Doña Maria Fernandez, el año de 46. se halló tan mortalmente herido de Alferesia, que no hallando en la corta edad de seis meses resistencia, le le fue entrando hasta casi